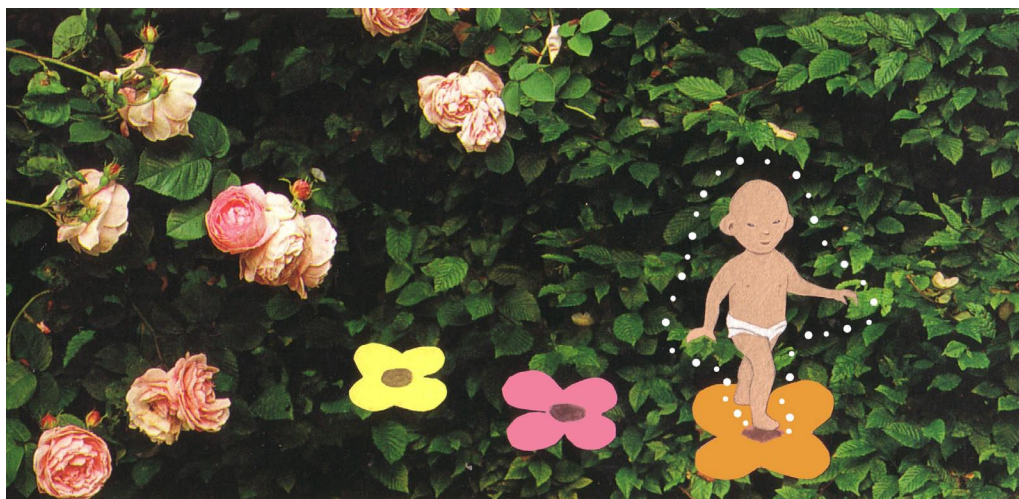


Enrique Melantoni (Recopilador)
Siddhartha

Ilustrado por Silvia Grau



Estamos en Kapilavastu, un reino lejano en la distancia y en el tiempo.

En medio de la noche, la reina Mahamaya despierta a su marido, el rey Suddhodana. Con el asombro y la felicidad reflejados en el rostro, le cuenta que acababa de tener un sueño maravilloso: Un elefantito blanco como la nieve ha entrado por el costado en su vientre.

El rey, completamente despierto, por un momento cree que todavía duerme. ¿Qué es esa música? En el aire delgado se escuchan los instrumentos de palacio, tocando por sí solos. La noche misma parece poblada de presencias. Suddhodana y su esposa abandonan el lecho y salen a los jardines... ¿Qué prodigio esconde el sueño de la reina, para que las aguas del río se hayan detenido junto al palacio? ¿Qué portentoso puede hacer que todos los árboles y plantas del jardín se cubran de flores, y el estanque de lotos?

En la mañana, Suddhodana convoca a los ancianos más sabios del reino. Cuando se hacen presentes, la reina les cuenta su sueño, y los sabios, luego de consultarse entre sí, declaran que puede significar una de dos cosas: La reina dará a luz a un futuro rey, que tendrá mucho más poder y esplendor que su

padre, o dará a luz a un iluminado, un hombre santo, que recorrerá los caminos vestido con un taparrabos.

Pasan los meses. Una tarde, en el jardín de Lumbini, Mahamaya siente que está a punto de dar a luz. Sin causarle ningún dolor nace el príncipe Siddhartha. Las mujeres que acompañan a la reina lo envuelven y se lo entregan, pero el recién nacido hace algo inconcebible: Dejando los brazos amorosos de su madre da unos pasos. Cada vez que levanta un piecito, brota una flor de la tierra.

El asombro se multiplica en las miradas cuando unas presencias luminosas entran al jardín para honrar a la madre y al niño. Brahma en persona ha descendido de los cielos para dar la bienvenida al príncipe.

Aún no lo sabe nadie, pero ese mismo día nacen Yasodhara, que está destinada a ser la esposa de Siddhartha; Chandaka, que será su escudero; Ananda, su futuro discípulo, y Kanthaka, el caballo que lo llevará fuera de palacio. Y muy lejos, en la ciudad de Bodh Gaya, echa sus primeras raíces el árbol que cobijará la entrada de Buda en el Nirvana.

Pero nada de esto sucede todavía. El palacio festeja la llegada de este heredero extraordinario y milagroso. Todos cantan y ríen. Todos, menos el rey, que teme a las palabras de los hombres sabios. El querría que su hijo fuera el mayor monarca sobre la tierra, y no un sabio que vive de limosnas y ayuna junto a los caminos.

A los siete días del nacimiento, la reina abandona la tierra para ocupar un lugar junto a los dioses, Ahora que el rey Suddhodana está solo, teme más aun por el futuro de su hijo. Un santón se ha presentado en palacio y ha visto en el pequeño los ochenta signos de la vocación religiosa. La primera vez que lo llevaron al templo, las estatuas de los dioses se inclinaron a su paso...

Atrapado entre sus deseos y el destino que todos adivinan en Siddhartha, ordena levantar alrededor del palacio una triple muralla. Y para impedir los motivos que llevarían al príncipe a hacerse preguntas sobre la existencia, prohíbe las palabras “muerte” y “pena”.

Para Siddhartha pasan dieciséis años deliciosos, mientras se convierte en un muchachito hermoso, siempre rodeado de jóvenes alegres, de amor y belleza.

Entonces el rey arregla su casamiento con una princesa que tiene exactamente su edad, llamada Yasodhara...

Para desposar a la princesa, Siddhartha demuestra que puede vencer en equitación, esgrima y lucha a cualquier oponente. Es el único con la fuerza suficiente para tensar el gran arco sagrado. Nada desagradable perturba su espíritu, porque está aislado del mundo por la triple muralla que levantó el amor de su padre.

Pero el dios que anida en el príncipe ha tenido otras encarnaciones, desde el principio de la Creación, y el recuerdo de esas vidas empieza a aflorar a la conciencia.

Con la compañía de su fiel sirviente, Chandaka, el príncipe comienza a escapar de palacio, y en sus visitas a la aldea es testigo de todo aquello que quisieron ocultarle.

Ve a un anciano, un hombre que es como él y a la vez completamente distinto. La piel arrugada, la espalda encorvada, los movimientos lentos...

Ve a un hombre enfermo. El, en el esplendor de sus energías, descubre la debilidad, el dolor, la desesperanza...

Ve a un hombre muerto. Envuelto en un sudario blanco. Inmóvil, como una corteza abandonada, ajeno al llanto de sus deudos...

El príncipe regresa al palacio con el corazón envuelto en brumas, pero antes de llegar se cruza con un sadhu, un hombre santo que está más allá de los pesares de la vida. En su rostro ve la plenitud espiritual.

Siddhartha comienza a desear justamente aquello que su padre quería impedir.

Poco tiempo después, cuando nace Rahula, su primer hijo, Siddhartha toma la decisión de abandonar el palacio.

Manda ensillar a Kanthaka, sin saber que es el caballo que le estaba destinado.

La montura no es menos maravillosa que su jinete. Para que nadie lo escuche partir, galopa por el aire, sin tocar la tierra. Una vez lejos, Siddhartha desenvaina su espada y de un solo golpe corta sus largos cabellos.

Ya no es el príncipe Siddhartha, sino Sakyamuni.

Pronto se vuelve irreconocible.

Mientras aprende las prácticas del yoga y la meditación de sus primeros maestros, el ayuno continuo lo adelgaza tanto que su ombligo y su columna llegan a tocarse. Cae en trances tan profundos, que podría dársele por muerto. Recorre senderos cada vez más alejados de su reino natal, durante seis años, buscando la iluminación.

Un día, convencido de que torturar su cuerpo no es la mejor manera de perfeccionar su espíritu, acepta el alimento que una aldeana le ofrece.

Ha llegado a Bodh Gaya. Junto al camino se alza una higuera.

Sakyamuni se queda mirándola. Le recuerda su costumbre infantil de sentarse bajo los árboles del jardín real y quedarse muy quieto por horas.

Se sienta a la sombra de la higuera decidido a no dar un paso más sin haber alcanzado la iluminación.

Como aprobando su decisión, la tierra tiembla, y Sakyamuni se hunde suavemente en la meditación.

Mara, el demonio, trata de hacerlo fracasar por todos los medios. Lo azota con una tempestad, lo provoca con una horda de demonios. Tanha, Rati y Raga, las hijas de Mara, tratan de seducirlo con cantos y bailes. Pero el rostro de Sakyamuni es un escudo inalterable.

Mara le arroja un disco de fuego, dispuesto a matarlo, pero el disco se convierte en una guirnalda de flores, que quedan flotando sobre su cabeza.

La luz del día se está apagando, pero una luz interior asciende dentro del corazón de Sakyamuni.

Está viendo, en un momento, todas las reencarnaciones de todos los seres.

Está comprendiendo cómo se encadenan los hechos del mundo.

Está meditando sobre el dolor humano, y la manera de evitarlo.

Está alcanzando el Nirvana, y su iluminación es completa.

Ha dejado de ser Sakyamuni. Ahora puede ser llamado Bhodisattva, o simplemente Buda.

Resuelto a destruirlo, Mara envía una tormenta destructiva. Enseguida, una gigantesca cobra se desliza bajo la higuera y lo escuda entre sus anillos,

lo cubre con su capuchón desplegado. Es el dios Naga Mucilinda, decidido a que Buda complete su Iluminación.

Ahora, el hombre que medita ha llegado al límite, y tiene ante sí dos caminos.

Puede ingresar definitivamente en el Nirvana dejando atrás su cuerpo mortal...

(—¡Es lo que debes hacer! —le aconseja Mara.)

O puede permanecer en la tierra y enseñar lo que ha aprendido...

(—¡Predica entre los hombres! —le suplican Brama y los otros dioses.)

Finalmente, Bhodisattva abre los ojos, se levanta, y parte rumbo a Benarés, donde comenzará a predicar sus enseñanzas.